

Heraldo de Castellón

DIARIO ANTIFASCISTA

Año XLVIII
Núm. 14.654

Franqueo
concertado

Miércoles 18 de Agosto de 1937
Redacción, Administración y talleres: D. Ibarruri, 11

Precio
15 céntimos

Tel. 1533
Apartado 12

FIGURILLAS

Hace algunos años, el maestro Unamuno y Federico García Sanchiz se saludaron en el Ateneo de Madrid. Olvidando la indolencia del Maestro, García Sanchiz le habló de sus "charlas, que ya empezaban a darle renombre; se daban de aplausos, como todos los vanidosos, el ingenuo esperaba recoger un elogio. Pero don Miguel, siempre esquivo, siempre mordaz, le contestó:

—Si, ya sé que anda usted por ahí "chisporroteando".

Desde entonces, cuantas veces le encontraba, le decía lo mismo:

—Se chisporrotea, eh?

Don Miguel, psicólogo astuto y conocedor —a fuer de buen gramático—, de la intención íntima de cada palabra, sabía que aquel verbo neutro ponía el ingenio del joven charlatán al nivel de una lamparilla de aceite.

Recien nacido a la vida literaria, García Sanchiz procuraba hacer de la misma humildad de su origen una plataforma sobre que encaramarse. Exhibicionista por temperamento, necesitaba un escenario —en el niño se dibujaba el hombre— y para fabricárselo nos contaba que de muchacho había sido pastor. Su tránsito por el hospitalario mundo de los periódicos fué rápido. Después, publicó algunos libros de crónicas polígrafas, que no obtuvieron éxito. Más tarde, forcejeando con la vida, se le ocurrió la idea que había de proporcionarle fama y dinero. En un arranque de verdadera inspiración el futuro hablador hubo de decirse:

—Yo no debía publicar mis artículos, sino aprendérmelos de memoria, para luego recitarlos en público. Porque, impreso, el artículo no me vale más allá de veinte o treinta duros; y hablado —o sea convertido en conferencia— puede reportarme muchos miles de pesetas.

A partir de aquel día afortunado, García Sanchiz —hombre memorioso, mezcla estimable de autor y de actor— se dedicó a "chisporrotear".

Porque evidentemente, el trajinado charlista no improvisa sus pláticas, sino que las recalienta o repite como pudiera hacerlo un comediante. Tal es el dictamen de cuantas personas cometieron el desacierto de escucharle dos veces la misma conferencia. Y con esta opinión coincide la nuestra. Don Federico no nació orador ni tampoco "causeur", arte de pura estirpe francesa, que exige de sus cultivadores matices singulares de espiritualidad y amistoso gracejo; los perfiles culminantes del verdadero "causeur" son la llaneza y elegancia del estílo, la frase aguda y donairosa, y el buen humor.

Inútil buscar ninguno de estos rasgos en don Federico. Esas vacilaciones, esas palabras, repetidas, esas levísimas incoherencias que a intervalos advenimos en los discursos de los artistas supremos de la palabra —Castelar, Salmerón, Emilio Martos, Manuel Azanza, Indalecio Prieto— no maculan nunca las charlas, impregnadas de un ligero olorillo a sermón, de García Sanchiz. Don Federico no titubea; su verbo es suave, liso, sedoso, como la mejilla recién afeitada de un adolescente; de sus labios, ligeramente oscurecidos por el abuso del tabaco, las frases con que, a intervalos discretos, adorna su plática, fuyen tranquilas, rítmicas y musicales, sin una rozadura. Y su misma perfección, y el frecuente desacierto que sorprendemos entre un párrafo y la mímica que lo subraya —inarmónica que los ora-

dores legítimos no cometen jamás, pues en ellos el gesto es siervo fiel de la palabra, y, por serlo, a compás de ella se apacigua o exalta—nos aseguran que García Sanchiz es un histrión, disfrazado de orador; un repetidor dichoso de párrafos celosamente examinados y pulidos.

Realmente, estas mixtificaciones carecen de importancia. Cada cual defiende su pan como puede, y si don Federico, para darnos la sensación de que repentiza sus conferencias, necesita escribirlas, aprendérselas de memoria, y hasta ensayarlas delante de un espejo, allá él.

Lo que nos convierte en adversarios suyos es su intrascendencia, su mentalidad rellena de lu-

gares comunes. Para decirlo de una vez su cursilería, el sentido del vocablo "cursi" se ciñe a su cuerpo como un "maillot". A García Sanchiz, aunque vista de smokin, siempre le veremos con corbata de "plastrón" y bombín. Su palabra meliflua, sus ademanes envolventes, sus manos, sobre todo, cuyos afectados retorquemientos copian —mientras habla— las de los figurines que ilustran las revistas de modas, encarnan íntegramente la cursilería del Madrid de hace treinta años. Cantando "La Paloma", don Federico estaría admirable. Personifica una época, la época de los calzoncillos largos y su cursilería y el rutinarismo de sus ideas explican el éxito de sus charlas.

El "Diario de Burgos", que ha

(Pasa a la cuarta plana.)

CAMBIOS DE POSTURA

Londres-Roma: Abisinia-Mare Nostrum

Inglaterra, la flemática, la voz-juez de todos los conflictos internacionales, la eterna ingerente en pro de la no ingerencia, tras de aplicar el formulismo ideal de la no intervención extranjera en España, se tumbó a dormir la satisfacción salomónica del bien creado y descargó su conciencia en la supuesta merifica conciencia de los demás... Encastillada en el optimismo de su diplomacia sutil, atalayaba el horizonte exterior, fijando la mirada en los puntos que más rutilaban: España, Mediterráneo, Roma, Berlín. Y sonriendo, con esa sonrisa glacial que caracteriza todos sus actos, suspiró: —¡Ya he resuelto un caso más!

Aparentemente, el caso parecía estar resuelto. La realidad ha demostrado que no. A su política, basada en sutilezas, se ha opuesto una política socavona, de lamentables efectos, de amargas realidades. Esta política ha triunfado. Es la política italiana que se alza orgullosa, jactanciosa de su victoria, después de haber minado los intereses británicos.

Vista la simpatía que España, por mediación de Inglaterra, despertaba en las demás democracias, Italia creyó de un resultado maravilloso atacar a los ingleses por el único sistema que podían hacerlos: amenazando las Baleares y el dominio británico en Africa con campañas radiadas encaminadas a sublevar a los árabes. El plan se desarrolló magnífico. Empezó la zozobra inglesa, que se acrecentó con el proyecto de Eden, al no ser del agrado italo-alemán. Sobrevino la agonia del Comité de No Intervención y el acercamiento anglo-italiano. Y entonces, Londres vio la oportunidad de agarrarse a la única tabla de salvación: la carta de Mussolini. Buena prueba de tal inquietud son las insinuaciones de Chamberlain, por las cuales condiciona el cese de las propagandas italianas cerca de los árabes a cambio del reconocimiento de la beligerancia a Franco y del imperio abisinio.

Esta es la primera fase del pacto, que aclara resueltamente las ambiciones de las dos potencias y cuyo principal punto de negociación es el Mediterráneo. Mas tengamos en cuenta que el interés marítimo de Inglaterra empieza en Gibraltar y acaba en la conjunción del mar Rojo con el Indico... Es decir, que necesita toda esta ruta limpia de hostilidades. Empero, la avilantada instalación fascista en nuestro litoral sur, ¿a cambio de qué concesiones se resolverá? Si el gobierno británico siente aun el prurito de seguir coaligado con el francés, es de suponer que atiende la voz secreta de Francia y procure alejar de nuestras costas la acción italiana. Con esto podríamos suponer que, escuchando a Francia, se interesaba, en cierto modo, por nuestra causa, y demostraba servir los intereses universales de la paz. No haciéndolo así, el juego de sus apetencias oportunistas queda al descubierto.

Matemáticas y contabilidad

Enseñanza práctica por profesor particular.
Honorarios módicos.
Razón en esta Administración.

EDITORIAL

El declive del imperio colonial francés

El vasto imperio colonial francés es la resultante de una metódica acción ejercitada durante varios siglos con un plan admirable y patriótico tesón. Anticipemos la afirmación de que corresponde al ejército una mínima parte de la ingente tarea realizada en tal sentido. Exceptuadas la expedición napoleónica a Egipto y la conquista de Argelia a principios del pasado siglo, Francia ha reservado al Ejército metropolitano una labor de consolidación y policía. Pero casi nunca lo utilizó en vanguardia.

Así como Inglaterra realizó sus conquistas coloniales lanzando en vanguardia sus agentes económicos, facilitando sus afanes expansivos por medio de una penetración pacífica, en Francia se confió la penetración a sus fuerzas intelectuales. Geógrafos, exploradores, literatos y artistas marcharon siempre en vanguardia, realizando con toda tranquilidad una preciosa labor informativa, que permitía a la sagaz diplomacia preparar un complicado artificio en el que sabiamente se iban colocando los jalones donde el día de mañana poder apoyar la serie inabundante de operaciones que habían de permitir la entrada de las tropas para consolidar, en acciones ventajosas, casi liberadas de todo riesgo, el dominio político y económico de todas aquellas tierras ricas en materias primas, pero carentes de toda organización política y sobre las que predominaban culturas inferiores o civilizaciones en decadencia.

Y no fueron la acción política y cultural tan sólo instrumentos de penetración. Constituyeron la piedra angular de la acción colonial francesa. La actuación íntimamente combinada de estos elementos tuvo parte más activa en la consolidación de las conquistas que el temor o respeto inspirado por la fuerza armada. Las ventajas de este método culminaron en las horas trágicas de la guerra europea. En aquel difícil trance, la aportación de las colonias fué decisiva para los franceses. Sus productos reemplazaron las fuentes económicas francesas, totalmente paralizadas por la guerra, y los hombres de las colonias nutrieron los ejércitos que soportaron los embates violentos de las fuerzas teutonas. Después de esta experiencia y pese a la intensa labor disolvente que los agentes alemanes, bajo todos los disfraces, realizaron en las colonias francesas para tomar de algún modo el desquite de la derrota del año 18, Francia podía seguir viendo con justificado optimismo el creciente vigorizamiento de la potente economía, creada mediante la explotación de las tierras y las personas radicadas en sus colonias.

Pero los franceses han cometido el gravísimo error de no advertir a tiempo la evolución que el fascismo imprimió en los métodos internacionales. Para aquellos nada significan el Derecho ni los Tratados. Lo que Mussolini ha llamado "realidades" no es otra cosa que el imperio de la fuerza. Pretender oponer razonamientos y consideraciones éticas a los cañones y ametralladoras es una infantil puerilidad. A la fuerza bruta sólo puede oponerse otra de mayor contundencia y cuando se carece de ella, es prudente no darse por enterados de los atropellos o dejar el camino libre a quien violentamente quiere pasar por él.

Francia creyó eliminar el peligro del fascismo negociando amistosamente con Mussolini. Tal hizo en enero del 33, cediendo a Italia unos cientos de kilómetros de sus dominios próximos a la Libia, accediendo a la reglamentación de los derechos italianos en Túnez y sin obtener a cambio otra cosa más valiosa que unas promesas de cordialidad, que ya estamos viendo lo que representan.

Representan la vulneración de los tratados Hispano-Franceses del protectorado marroquí y toda esa interminable serie de atropellos en el Mediterráneo. Pero no es sólo el peligro italo-alemán el que amenaza a Francia en su imperio colonial. Los japoneses, bajo un régimen muy similar al fascismo, acaban de atropellar impunemente los destacamentos franceses en China y, por toda decisión, Francia termina de adoptar la vergonzosa medida de evacuar su concesión internacional de Shanghai, para evitar la afrenta mayor de no poder salir en defensa de sus ciudadanos e intereses atropellados. La reacción que estos hechos han de producir en las colonias francesas es fácil de calcular y señalan la iniciación del declinar de ese Imperio laborioso e inteligentemente creado a través de siglos de preparación sagaz y realizaciones excelentes.

to, por el cual tendremos que reconocer, de hecho, a un nuevo país fascista y dar toda la razón al reciente artículo de Araquistain, en el que acusaba a Inglaterra, con respecto a España, de los más bastardos apetitos.

La nefasta actuación londinense ha saturado de caracteres luctuosos la política internacional, hasta el extremo de colocar como víctima de la paz a un desdichado pueblo: Abisinia. Porque este es el precio por el que Mussolini pueda deponer su actitud provocadora. Desde que estalló el conflicto español, el territorio abisinio era el supremo recurso del Duce. Llegada la coyuntura favorable, lo ha puesto en práctica, creando el dilema de la guerra o la paz. Culpable de todo, Inglaterra. Sin embargo, los anglófilos pretenden ahora disculparla suponiendo que sus negociaciones con Italia van encaminadas a romper el eje Roma-Berlín... Si esto es así, pronto lo hemos de ver; será ante el hecho, improbable, de que Francia llegue a declararse conforme con el acercamiento anglo-italiano.

Entretanto, Alemania, con su silencio, adopta una postura ambigua. De un lado, deja entrever disgusto por la conducta italiana, cambiada tan radicalmente (no nos fiemos mucho; pueden ser lágrimas de cocodrilo; de otro, es de creer que otorga su asenso, toda vez que en las negociaciones anglo-italianas van como cierta garantía inglesa, el reconocimiento de beligerante a Franco y el propósito de Eden de contar con ambas potencias fascistas para una mediación en el extremo Oriente; con lo cual se vislumbra, en embrión, la intención de un pacto anglo-italo-germano para operar ganancias en China a la par que en España. Probablemente Alemania es el factor pasivo en apariencia; pero el complemento bélico del convenio tripartito.

A los anglófilos anima la idea de que Hitler reprochará a Mussolini su posición, conjeturando a base de la antedicha hipótesis de que los ingleses se proponen desconjuntar el eje Roma-Berlín; y ponen por argumento las actuales discrepancias de ambos dictadores sobre las riquezas mineras de España... Yo pienso que no habrá tal. Inglaterra se encargará de interceder con su criterio firmemente razonador y, no pasará nada. No habrá rotura de eje. Al contrario: añadidura... Aunque si es verdad que a Italia le interesa más la amistad inglesa que la alemana. De ésta, sólo ayuda guerrera puede esperar; mientras que de aquella, guerrera y colonial. Y he aquí un argumento más por el que se demuestra la ventajosa posición italiana, que ha sabido procurarse las dos amistades.

En realidad, Mussolini ha derrotado a la diplomacia británica. La ha inclinado ante sí. Su victoria es la vergüenza de la democracia inglesa, porque de ella se deducen estas tres realidades: que el fascismo internacional ha captado para sí una potencia más; que de esta captación salen perjudicados dos pacíficos pueblos y que Inglaterra, la polifacética, la arregladora de todos los pleitos ajenos, la "reina" del Mediterráneo, ha sido remolcada por Italia. Es lo más asombroso que puede ocurrir al país de las mil caras.

JULIO NUÑEZ NAVARRO.

